



CASSANDRA CLARE
Y WESLEY CHU

Los manuscritos rojos de la magia

CAZADORES DE SOMBRAS
LAS MALDICIONES ANCESTRALES

DESTINO

LIBRO 1

LA ISLA DEL TIEMPO

LOS MANUSCRITOS ROJOS DE LA MAGIA

Cassandra Clare y Wesley Chu

Traducción de Patricia Nunes y Cristina Carro

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2020
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Eldest Curses. Book 1. The Red Scrolls of Magic*

© del texto: Cassandra Clare, LLC, 2019

Publicado originalmente en Estados Unidos por Margaret K. McElderry Books, un sello editorial de Simon & Schuster Children's Publishing Division

Publicado mediante acuerdo con Baror International, INC, Armonk, Nueva York, Estados Unidos.

© de la traducción: Patricia Nunes y Cristina Carro, 2020

Todos los derechos reservados

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: junio de 2020

ISBN: 978-84-08-22794-6

Depósito legal: B. 7.293-2020

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CHOQUE EN PARÍS

Desde la plataforma de observación de la Torre Eiffel, la ciudad se extendía a los pies de Magnus Bane y Alec Lightwood igual que un regalo. Las estrellas titilaban como si supieran que tenían competencia, las calles adoquinadas eran filigranas de oro y el Sena formaba una cinta anudada alrededor de una elegante caja de bombones. París, la ciudad de los bulevares y los bohemios, de los amantes y del Louvre.

París también había sido el escenario de muchos de los percances más vergonzosos de Magnus y de algunos de sus peores planes, junto a varias catástrofes sentimentales. Pero, en ese momento, el pasado no importaba.

Esta vez, Magnus tenía toda la intención de que todo saliera bien en París. Durante sus cuatrocientos años de recorrer el mundo, había aprendido que allá donde fueras, lo importante era con quién lo hicieras. Miró a Alec Lightwood, al otro lado de la mesita, que no prestaba atención ni al brillo ni al encanto de París mientras escribía postales para enviar a su familia, y sonrió.

Siempre, al final de cada postal, Alec añadía: «Ojalá estuvieras aquí». Y cada vez, Magnus le cogía la postal y escribía con una floritura: «Aunque, en realidad, no».

Alec encorbaba los anchos hombros sobre la mesa al escribir. Las

runas le serpenteaban sobre la musculatura del brazo; una de ellas se le desvanecía en el cuello, justo bajo el limpio borde del mentón. Sobre los ojos le caía un mechón de su siempre alborotado cabello. Magnus tuvo el impulso pasajero de extender la mano y echarle el pelo hacia atrás, pero se contuvo. A veces, Alec se cohibía ante las muestras públicas de afecto. Quizá ahí no hubiera ningún cazador de sombras, pero tampoco todos los humanos corrientes aceptaban de forma natural esos gestos. Magnus deseó que no fuera así.

—¿Perdido en profundos pensamientos? —le preguntó Alec.

—Intento que no —replicó Magnus resoplando.

Disfrutar de la vida era esencial, pero a veces resultaba un esfuerzo. Planear el viaje perfecto a Europa no había sido fácil. Magnus se había visto obligado a diseñar varios planes brillantes por su cuenta. Y se imaginó intentando describir sus particulares requisitos a una agente de viajes.

—¿Quiere ir a algún sitio? —le podría haber preguntado esta al entrar.

—Las primeras vacaciones con mi nuevo novio —quizá le habría contestado Magnus, ya que poder decir al mundo que estaba saliendo con Alec era una novedad, y le gustaba alardear de ello—. Muy nuevo. Tan nuevo que aún tiene ese olor a coche recién estrenado.

Tan nuevo que aún estaban aprendiendo cada uno los ritmos del otro, y cada mirada o caricia se convertían en un movimiento dentro de un territorio tan maravilloso como extraño. A veces se sorprendía a sí mismo mirando a Alec, o encontraba a este mirándolo; una maravillosa sorpresa. Era como si cada uno de ellos hubiera descubierto algo inesperado pero infinitamente deseable. Aún no estaban seguros el uno del otro, pero querían estarlo.

O al menos eso era lo que deseaba Magnus.

—Es la clásica historia de amor. Le tiré los trastos en una fiesta, él me pidió para salir, luego luchamos codo con codo en una épica batalla mágica entre el bien y el mal, y ahora necesitamos unas vacaciones. Es que él es cazador de sombras —diría Magnus.

—Perdone, ¿qué? —le preguntaría su imaginaria agente de viajes.

—Oh, ya sabes cómo es. Hace mucho tiempo, el mundo sufría una invasión de demonios. Piensa en un *Black Friday*, con más ríos de sangre y unos cuantos menos alaridos de pánico. Como le ocurre en los momentos de desesperación al noble y sincero, y por lo tanto, nunca a mí, apareció un ángel. El ángel concedió a sus guerreros preferidos y a todos sus descendientes el poder de los ángeles para defender a la humanidad. También les dio su propio país secreto. Al ángel Raziel le iba lo de los dones. Los cazadores de sombras siguen con su lucha a día de hoy, protectores invisibles, deslumbrantes y virtuosos, y la definición sin ironía de «más santo que tú». Es de lo más molesto. ¡Son literalmente más santos que tú! Sin duda mucho más santos que yo, que nací de un demonio.

Ni Magnus llegaba a imaginar lo que diría la agente de viajes ante eso. Seguramente solo balbucearía confusa.

—¿He olvidado decirlo? —continuaría Magnus—. Hay seres muy diferentes de los cazadores de sombras; también están los subterráneos. Alec es vástago del ángel, y también el hijo de una de las familias más antiguas de Idris, la patria de los nefilim. Estoy seguro de que a sus padres no les habría gustado verlo saliendo con un hada, o un vampiro, o un licántropo, en Nueva York. Y estoy aún más seguro de que habrían preferido uno de esos a un brujo. Mi gente está considerada como la más peligrosa y sospechosa del inframundo. Somos hijos de demonios, y yo soy el hijo inmortal de cierto Demonio Mayor de infausta fama, aunque tal vez haya olvidado mencionar ese detalle a mi novio. Se supone que los cazadores de sombras respetables no llevan a los de mi clase a casa para presentarlos a mamá y papá. Tengo un pasado. Tengo varios pasados. Además, también se supone que los buenos chicos cazadores de sombras tampoco deben tener novios que llevar a casa.

Solo lo había hecho Alec. Se había plantado en el salón de sus ancestros y había besado a Magnus en la boca ante los ojos de todos

los nefilim allí reunidos. Había sido la sorpresa más intensa y encantadora que había recibido Magnus en toda su larga vida.

—Hace poco luchamos en una gran guerra que evitó un terrible desastre a toda la humanidad, aunque la humanidad no está nada agradecida, porque no lo sabe. No recibimos ni gloria ni una compensación económica adecuada, y sufrimos pérdidas indescriptibles. Alec perdió a su hermano, y yo perdí a mi amigo, y a ambos nos irían bien unas vacaciones. Me temo que lo más parecido a cuidarse que Alec ha hecho nunca es comprarse un cuchillo nuevo y reluciente. Quiero hacer algo agradable por él y con él. Quiero apartarnos del lío que son nuestras vidas, y ver si podemos idear un modo de estar realmente juntos. ¿Tienes un itinerario recomendado?

Incluso en su imaginación, la agente de viajes le colgó el teléfono.

No, Magnus se había visto obligado a preparar él solo una elaborada escapada romántica a Europa. Pero era Magnus Bane, glamuroso y enigmático. Podía preparar un viaje así con una gran clase. Un guerrero elegido por los ángeles y el elegante hijo de un demonio, enamorados y buscando la aventura por Europa, ¿qué podía ir mal?

Considerando el tema de la elegancia, Magnus se inclinó la boina en un ángulo sofisticado. Alec alzó la mirada hacia él un momento y la dejó alzada.

—¿Te has decidido a ponerte una boina? —le preguntó Magnus—. Solo tienes que decirlo. Resulta que tengo varias boinas ocultas en mí. De diferentes colores. Soy una cornucopia de boinas.

—Voy a pasar de la boina —contestó Alec—. Pero gracias.

Las comisuras de la boca se le curvaron hacia arriba, una sonrisa insegura pero auténtica.

Magnus apoyó la barbilla en la mano. Quería saborear ese momento con Alec, con un cielo estrellado y París cargado de posibilidades; y quería guardarlo para poder mirarlo en el futuro. Esperaba que, entonces, ese recuerdo no le resultara doloroso.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Alec—. En serio.

—En serio —respondió Magnus—. En ti.

Alec pareció sobresaltarse ante la idea de que Magnus pudiera estar pensando en él. Era, al mismo tiempo, muy fácil y muy difícil sorprenderlo; la visión y los reflejos de los cazadores de sombras no eran ninguna broma. Ya fuera al torcer una esquina, o en la cama que compartían, solo para dormir, por el momento, hasta que Alec quisiera algo más, este siempre se anticipaba a él. Sin embargo, podía pillarlo con la guardia bajada con algo tan insignificante como enterarse de que ocupaba los pensamientos de Magnus.

En ese momento, Magnus pensaba que ya era hora de que Alec tuviera una auténtica sorpresa. Y resultaba que él tenía una a mano.

París era la primera etapa de su viaje. Quizá fuera un cliché comenzar unas vacaciones románticas en Europa por la Ciudad del Amor, pero Magnus consideraba que lo clásico era clásico por alguna razón. Llevaban allí casi una semana, y Magnus consideraba que era el momento de darle su toque particular a las cosas.

Alec acabó la última postal y Magnus fue a cogerla, pero dejó caer la mano. Leyó lo que Alec había escrito y sonrió, encantado y sorprendido.

En la postal para su hermana, Alec había puesto: «Ojalá estuvieras aquí. Aunque, en realidad, no». Lanzó una mínima sonrisita a Magnus.

—¿Preparado para la siguiente aventura? —le preguntó este.

Alec lo miró intrigado.

—¿Te refieres al cabaret? Las entradas son para las nueve. Deberíamos mirar cuánto vamos tardar en llegar allí desde aquí.

Resultaba evidente que Alec nunca había disfrutado de unas auténticas vacaciones. No paraba de tratar de planear las cosas como si fueran a entrar en batalla.

Magnus agitó una perezosa mano, como si espantara una mosca.

—Siempre hay tiempo para la última sesión en el Moulin Rouge. Date la vuelta.

Señaló hacia atrás por encima del hombro del chico. Alec se volvió.

Bamboleándose bajo el viento racheado, se acercaba a la Torre

Eiffel un globo aerostático con grandes rayas lilas y azules. En lugar de una cesta, una mesa y dos sillas estaban colocadas sobre una plataforma de madera que colgaba del globo sujeta con cuatro cuerdas. La mesa estaba preparada para dos, con una rosa colocada en un delgado jarrón en el centro. Un candelabro de tres brazos completaba el conjunto, aunque los vientos que soplaban alrededor de la Torre Eiffel apagaron las velas. Molesto, Magnus chasqueó los dedos y las tres velas volvieron a encenderse.

—Umm —dijo Alec—. ¿Puedes hacer volar un globo?

—¡Claro que sí! —afirmó Magnus—. ¿Te he contado la vez que robé un globo para rescatar a la reina de Francia?

Alec sonrió como si Magnus hablara en broma. Este le devolvió la sonrisa. Lo cierto era que lo de María Antonieta había sido muy difícil.

—Es que... —repuso Alec pensativo—... nunca te he visto conducir un coche.

Se levantó para admirar el globo, que estaba cubierto con un *glamour* que lo hacía invisible. Para los mundanos que los rodeaban, Alec estaba mirando solemnemente al cielo abierto.

—Sé conducir. Y también volar, y pilotar aviones, y dirigir del modo que sea el vehículo que prefieras. No voy a estrellar el globo contra ninguna chimenea —protestó Magnus.

—Umm —repuso Alec con las cejas fruncidas.

—Pareces perdido en tus pensamientos —comentó Magnus—. ¿Estás pensando en lo glamuroso y romántico que es tu novio?

—Estoy pensando —respondió Alec— en cómo protegerte si estrellamos el globo contra una chimenea.

Al pasar ante Magnus, Alec se detuvo para apartarle de la frente un mechón rebelde. Su gesto fue suave, tierno, aunque reflejo, como si ni se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Magnus ni se había fijado que tenía el pelo ante los ojos.

Bajó la cabeza y sonrió. Que lo cuidaran le resultaba raro, pero pensó que tal vez pudiera acostumbrarse.

Con un *glamour*, Magnus desvió la atención de los mundanos, y luego usó la silla como escalón para subir a la oscilante plataforma. En cuando puso los dos pies sobre ella, sintió como si se hallara sobre suelo firme. Le tendió la mano a Alec.

—Confía en mí.

Alec vaciló un instante, y luego aceptó la mano de Magnus. La cogió con firmeza y una dulce sonrisa.

—Confío.

Siguió a Magnus, saltando ágilmente por encima de la barandilla hasta la plataforma. Se sentaron a la mesa y el globo se fue alzando, un poco a trompicones, como un bote de remos en un mar picado, y flotó sin ser visto, alejándose de la Torre Eiffel. Unos segundos después flotaban muy por encima de los tejados, mientras París se extendía bajo ellos en todas direcciones.

Magnus observó a Alec contemplar la ciudad desde una altura de trescientos metros. Magnus ya había estado enamorado antes, y le había ido mal. Había sufrido y aprendido cómo recuperarse de ese dolor muchas veces.

Si los sentimientos de Alec no duraban, Magnus quería tener, como mínimo, el buen recuerdo de este viaje. Esperaba que fuera los cimientos de algo más, pero si eso era todo lo que iban a compartir, Magnus conseguiría que fuera extraordinario.

El brillo cristalino de la Torre Eiffel fue alejándose. Nadie había esperado que la torre durara tanto tiempo. Sin embargo, ahí estaba, el emblema por excelencia de la ciudad.

Una repentina ráfaga de fuerte viento inclinó la plataforma y el globo descendió de golpe unos treinta metros. Dieron varias vueltas empujados por los vientos racheados antes de que Magnus hiciera un gesto y el globo se enderezara.

Alec lo miró levemente ceñudo, aferrado a los brazos de su silla.

—¿Y cómo manejas los controles de esta cosa?

—¡Ni idea! —respondió Magnus alegremente—. ¡Pensaba usar la magia!

El globo aerostático pasó sobre el Arco de Triunfo con solo unos cuantos centímetros de margen y torció bruscamente hacia el Louvre y descendiendo hacia los tejados.

Magnus no se sentía tan tranquilo como deseaba parecer. Era un día muy ventoso. Mantener el globo estable, en la dirección correcta e invisible, suponía un esfuerzo mayor del que le gustaba admitir. Y aún tenía que servir la cena. Y seguir manteniendo las velas encendidas.

Un idilio daba mucho trabajo.

Por debajo, oscuras hojas colgaban pesadamente sobre las paredes de ladrillo rojo a lo largo de la orilla del río, y las farolas brillaban de color rosa, naranja y azul en medio de los edificios pintados de blanco y las estrechas calles adoquinadas. Al otro lado se extendían los jardines de las Tullerías, con su estanque redondo observándolos como un ojo, y la pirámide de cristal del Louvre, con un rayo de luz roja atravesándola por el centro. De repente, Magnus pensó en cuando la Comuna de París hizo arder las Tullerías, recordó la ceniza en el aire y la sangre en la guillotina. Era una ciudad que soportaba el peso de una larga historia y de antiguos pesares; a través de los ojos de Alec, Magnus esperaba que todo eso se borrara.

Chasqueó los dedos y una botella enfriándose en una cubitera con hielo se materializó junto a la mesa.

—¿Champán?

Alec saltó de su silla.

—Magnus, ¿ves esa columna de humo allí abajo? ¿Es un incendio?

—¿Es eso un no al champán?

El cazador de sombras señaló hacia una avenida que corría paralela al Sena.

—Hay algo raro en ese humo. Va contra el viento.

Magnus alzó su copa.

—Nada de lo que no puedan ocuparse los *pompieri*.

—Ahora el humo va saltando por los tejados. Acaba de torcer a la derecha. Ahora se esconde detrás de una chimenea.

Magnus lo miró.

—¿Perdona?

—Vale, el humo acaba de saltar sobre la rue des Pyramides —informó Alec, entrecerrando los ojos.

—¿Reconoces la rue des Pyramides desde aquí arriba?

Alec miró a Magnus, sorprendido.

—Estudié a fondo los mapas de la ciudad antes de salir —explicó Alec—. Para estar preparado.

De nuevo, Magnus recordó que Alec se había preparado para ese viaje como si estuviera haciéndolo para una misión, porque esa era la primera vez que salía de vacaciones. Echó una mirada hacia la gruesa columna negra que flotaba en el cielo del atardecer, con la esperanza de que Alec se equivocara y pudieran continuar con su plan de una tarde romántica. Pero, por desgracia, Alec tenía razón; la nube era demasiado negra, demasiado compacta; de ella brotaban zarcillos como tentáculos sólidos agitándose en el aire, burlándose descaradamente del viento que tendría que haberlos dispersado. Bajo el humo observó un repentino destello.

Alec se hallaba en el borde de la plataforma, peligrosamente inclinado hacia fuera.

—Hay dos personas que persiguen ese humo..., esa cosa. Creo que eso son cuchillos serafines. Son cazadores de sombras.

—¡Hurra, cazadores de sombras! —soltó Magnus—. Exceptuando a la compañía presente de mi sarcástico hurra, naturalmente.

Se puso en pie, y con un gesto firme hizo que el globo perdiera altura rápidamente; decepcionado, reconoció la necesidad de echar un vistazo más de cerca. Su vista no era tan aguda como la de Alec, reforzada por la runa, pero no tardó en distinguir bajo el humo dos siluetas oscuras que corrían por los tejados de París en una veloz persecución.

Magnus distinguió un rostro de mujer, alzado hacia el cielo y blanco como una perla. Una larga trenza se agitaba tras ella al correr, como una serpiente de oro y plata. Los dos cazadores de sombras iban desesperadamente rápidos.

El humo se arremolinó, descendiendo entre unos edificios comerciales sobre una estrecha calle, y se derramó sobre un bloque de pisos, esquivando las claraboyas, las tuberías y las salidas de la ventilación. Los cazadores de sombras seguían persiguiéndolo, cortando cualquier tentáculo negro que se les acercara. En el interior del oscuro torbellino, un enjambre de luces amarillas, como de luciérnagas, se agitaba por parejas.

—Demonios iblis —masculló Alec. Cogió el arco y preparó una flecha. Magnus ya puso mala cara cuando se dio cuenta de que Alec había llevado su arco a la cena. «¿Cómo te va a hacer falta disparar a algo con arco y flecha en la Torre Eiffel?», le había dicho, y Alec tan solo le sonrió mientras, con un leve encogimiento de hombros, se ajustaba el arma a la espalda.

Magnus sabía que no serviría de nada sugerirle que dejara que los cazadores de sombras de París se encargaran de cualquier irritante desastre demoníaco que se avecinara. Alec era congénitamente incapaz de no contribuir a una buena causa. Era una de sus cualidades más atractivas.

Ya se habían acercado a los tejados. Magnus sentía como si estuviera luchando contra el cielo entero. El globo se balanceaba de lado a lado, y la cubitera se volcó. Magnus evitó por los pelos estrellarse contra una alta chimenea mientras contemplaba la botella de champán rodar más allá del borde de la plataforma. Estalló lanzando vidrios y espuma al destrozarse contra el tejado que había debajo.

Magnus abrió la boca para hacer un comentario sobre el triste desperdicio del champán.

—Perdona por el champán —dijo Alec antes de que pudiera decir nada—. Espero que no fuera una de tus botellas más caras ni nada de eso.

Magnus rio. De nuevo, Alec se le había anticipado.

—Para beber sobre plataformas colgantes a trescientos metros del suelo solo llevo botellas de precio medio.

Se excedió un poco al maniobrar para compensar el viento, y la

plataforma se inclinó peligrosamente en la otra dirección, como un péndulo, y a punto estuvo de hacer un agujero en una valla-anuncio gigante. Enderezó el globo a toda prisa y echó un vistazo a lo que pasaba abajo.

El enjambre de demonios iblis se había dividido en dos y rodeaba a los cazadores de sombras en el tejado que tenían justo debajo. El desafortunado par de cazadores de sombras estaba atrapado, aunque seguían luchando con valentía. La mujer rubia se movía como un rayo. El primer demonio iblis que saltó hacia ellos cayó de un tajo de su cuchillo serafín, al igual que el segundo y el tercero. Pero eran demasiados. Mientras Magnus observaba, un cuarto demonio se lanzó contra la cazadora de sombras con sus brillantes ojos rajando la oscuridad.

Magnus miró a Alec, y este movió la cabeza asintiendo. Magnus empleó una gran parte de su magia para mantener el globo totalmente inmóvil durante un momento. Alec lanzó su primera flecha.

El demonio iblis no alcanzó a la mujer. El brillo de sus ojos se fue apagando mientras su cuerpo de humo se disipaba y dejaba tan solo una flecha clavada en el suelo. Tres demonios más sufrieron un fin similar.

Las manos de Alec eran una estela en movimiento mientras hacía llover una flecha tras otra sobre el enjambre de demonios. Cada vez que un par de ojos se acercaba a los cazadores de sombras, una veloz flecha lo atravesaba antes de que pudiera alcanzarlos.

Era una pena que Magnus tuviera que dedicar toda su atención a controlar los elementos en vez de a admirar a su novio.

La retaguardia de los demonios iblis se volvió hacia la nueva amenaza procedente del cielo. Tres dejaron de atacar a los cazadores de sombras del tejado y se lanzaron hacia el globo. Dos cayeron atravesados por sendas flechas antes de llegar a alcanzar la plataforma, pero a Alec no le dio tiempo de acabar con el tercero. El demonio, con las fauces abiertas mostrando una hilera de afilados dientes negros, lo atacó.

Pero él ya había soltado el arco y desenvainado un cuchillo serafín.

—*Puriel* —invocó Alec, y la hoja se iluminó de poder angélico. Las runas de su cuerpo brillaron levemente al dar un tajo que le separó al demonio iblis el cuerpo de la cabeza. El demonio se deshizo en ceniza negra.

Otro grupo de demonios alcanzó la plataforma, y no tardaron en encontrar un destino similar. Eso era lo que hacían los cazadores de sombras, y Alec había nacido para ello. Todo su cuerpo era un arma, grácil y rápida; un instrumento afinado para matar demonios y proteger a sus seres queridos. A Alec se le daban muy bien ambas cosas.

Las habilidades de Magnus se centraban más en la magia y en la moda. Atrapó a un demonio en una red de energía y contuvo a otro con una barrera invisible de viento. Alec mató primero a este último y luego al que estaba retenido más abajo. En ese momento, a la cazadora de sombras rubia y su compañero ya no les quedaba nada que hacer. Permanecían de pie en medio de un remolino de ceniza humeante y destrucción, y parecían un poco perdidos.

—¡De nada! —les gritó Magnus desde arriba agitando la mano—. ¡Gratis!

—Magnus —llamó Alec—. ¡Magnus!

El tono de auténtica alarma en la voz de Alec hizo que Magnus se diera cuenta de que el viento había escapado a su control, incluso antes de notar la sacudida de la plataforma bajo los pies. Magnus hizo un último gesto, acelerado y fútil, y Alec corrió hacia él, cubriéndolo con su cuerpo.

—Prepárate para... —le gritó Alec al oído mientras el globo descendía rápido hacia el suelo, y más en concreto, hacia la marquesina de un teatro con el rótulo de CARMEN en la fachada formado con relucientes bombillas amarillas.

En la vida, Magnus Bane hacía todo lo posible por ser espectacular.

Ese choque lo fue.